

Biombo Proust

HÉCTOR IVÁN GONZÁLEZ



Le petit pont, Charles Méryon

Hijo mayor de Adrien Proust (1834-1903) y Jeanne Weil (1849-1905), Marcel Proust (1871-1922) se crió en una culta familia burguesa del París de finales del siglo XIX que, sin embargo, con la derrota del Segundo Imperio Francés ante el Reino de Prusia fue afectada por la escasez de alimentos que provocó esa guerra. Niños y bebés como Marcel sufrieron desnutrición. De salud frágil desde su nacimiento, con frecuentes ataques de asma, nunca mejoró su condición. Su endeble complexión física no le permitía realizar actividades físicas ni en la escuela ni en su casa. Sólo podía pasear de noche, una vez que se asentara el polvo en el suelo, y siempre cuidándose del polen. Se sabe que fue un niño sobreprotegido. Si recordamos, el propio Proust habla, en *Du côté de chez Swann*,¹ de que su madre había perdido un hijo antes de tenerlo a él, lo cual debió crear una campana materna de mimos y cuidados extremos.

El padre de Marcel, médico epidemiólogo con experiencia en investigación en enfermedades infectocontagiosas como peste, cólera y viruela, fue comisionado por las autoridades para coordinar el establecimiento de un cinturón sanitario que protegiera Francia cuando el cólera y la viruela estaban asolando los países vecinos como consecuencia de la movilización de tropas durante la Guerra Franco-prusiana y la subsecuente crisis económica del conflicto bélico. El éxito del doctor Proust permitió que la familia ascendiera a los primeros círculos de la sociedad francesa postimperial. Si bien la familia materna, los Weil, era acaudalada, no llegó a introducirse en las altas esferas de la sociedad francesa. La relevancia que obtuvo el doctor Proust permitió que, al morir, Marcel y su hermano Robert (1873-1935) quedaran en una situación bastante holgada. Uno de sus biógrafos, Edmund White, ha hablado de que Marcel Proust heredaría una cantidad millonaria de dinero que lo libraría de trabajar por el resto de su vida.²

Quizá por ese ascenso repentino haya cierto esnobismo en la familia Proust, que puede verse reflejado en las dudosas relaciones sociales que mantenía Swann, uno de los protagonistas de *À la recherche du temps perdu*. En contraste con la abuela y las tías de Marcel, Swann³ se mostrará siempre indiferente a los rangos sociales. Para Marcel, Swann –un viudo nuevamente casado– es un personaje clave, un contrapunto que le permite desarrollar su perspectiva estética y filosófica. En él retrató muchos de los rasgos de un amigo de los Proust: el *homme du monde* Charles Haas (1832-1902).

Marcel fue educado en el Liceo Condorcet, al cual asistían niños provenientes de las familias más acomodadas. Sin ser un genio, en la escuela se mantenía en buen nivel. Entre los compañeritos se encontraban el hijo del célebre compositor Georges Bizet (1838-1875), Jacques (1872-1922), y su sobrino Daniel Halévy (1872-1962). En distintos momentos, Marcel intentó relacionarse amorosamente con cada uno de ellos, al parecer, sin lograrlo. En muchos de los casos, los escauceos homosexuales de Proust no tuvieron éxito, por lo cual disfrazaba su interés con relaciones de amistad incondicional. Después de que falleciera el autor de *Carmen*, su viuda, la *salonnière* Geneviève Halévy (1849-1926), contrajo nupcias con Émile Straus (1844-1929), el abogado de la multimillonaria familia Rothschild. De esa forma, Geneviève se volvió una de las mujeres más acaudaladas con las que Marcel tuvo relación. Siendo él apenas un adolescente, y una vez descartados los vínculos amorosos con los menores, Marcel se hizo muy cercano de Geneviève, quien se convertiría en la Duquesa de Guermantes⁴ de su obra. Si ya de por sí Geneviève era culta y brillante –hija del compositor Fromental Halévy (1799-1862), el autor de la ópera *La Juive*–, el lujo de su posición la hacía un personaje totalmente novelable.

Al mismo tiempo, Marcel era un opíparo lector que sentía inclinación por Anatole France (1844-1924), quien se convertiría en el célebre novelista

¹ Marcel Proust, *Du côté de chez Swann*, pról. Antoine Compagnon, París, Gallimard, 1988.

² Edmund White, *Proust*, trad. Jaime Zulaika, Barcelona, Mondadori, 2001.

³ Que en realidad es Swann *fils*, hijo de Swann *monsieur*, quien fuera amigo del abuelo de Marcel.

⁴ Marcel Proust, *À l'ombre des jeunes filles en fleurs*, pról. Pierre-Louis Rey, París, Gallimard, 1988.

Bergot de su *Du côté de chez Swann*. Disfrutaba también de las obras de George Sand (1804-1876) y de Gustave Flaubert (1821-1880), este último acerca de quien escribió un artículo puntual y elogioso.⁵ Lo que sobresale en ese artículo es la degustación de las innovaciones gramaticales y narrativas que Proust justipreciaba en Flaubert. No sería de extrañar que entre Flaubert y Proust –y, desde luego, Louis-Ferdinand Céline (1894-1961)– mucho de la prosa francesa viviera cambios cruciales. También se le ha comparado con el estilo de Ernest Renan (1823-1892), por el tema de las altas cortes y la capacidad de introducir diversas anécdotas de clase con grandilocuencia.

Proust hizo estudios en derecho, literatura y filosofía. Particularmente esta última le permitiría acercarse a Henri Bergson (1859-1941) –tenía con él un lazo familiar en línea política–, quien realizó una obra sumamente lúcida sobre la recepción de los estímulos sensoriales y de las intuiciones respecto a los fenómenos que no se manifiestan a los sentidos: el espacio y el tiempo, así como la duración, el sentimiento de espera y la risa. Es digna de subrayarse también la traducción al francés que hizo Proust de *Sesame and Lilies*, del inglés John Ruskin (1819-1900). No es gratuita esta mención: en ambos escritores había la propensión al estudio del manierismo y la arquitectura italiana, la prosa exquisita y la historia del arte. Por lo demás, colaboró en varias publicaciones periódicas y fundó la revista *Le Banquet*. Entre sus artículos está, por ejemplo, una diatriba contra el crítico Charles-Augustin Sainte-Beuve (1804-1869) y una crítica al hermetismo del poeta Stéphane Mallarmé (1842-1898).⁶

Su incursión en la narrativa la encontramos en dos obras incipientes: *Les Plaisirs et les Jours* (1896) y *Jean Santeuil* (escrita hacia 1896, pero no la publicó en vida), que anunciaban grosso modo su obra cumbre. *Los placeres y los días* es una colección de poemas en prosa y cuentos que alude a la pesimista *Los trabajos*



Marcel Proust (detalle). Fotografía: Otto Wegener

y los días de Hesíodo, donde Proust trata de darle vueltas mediante la escritura jocosa; en ella introduce sus célebres *pastiches* o ejercicios de estilo, en los cuales hace alarde de su poder de imitar diferentes prosas, cadencias, elección de palabras, etcétera. Su oído –de gran agudeza– siempre le permitió recrear las voces de las personas que conocía, talento del que sacará provecho en *À la recherche du temps perdu*. En la novela *Jean Santeuil*, las escenas de familia, tal como las discusiones y las críticas de los padres al protagonista, son una muestra temprana de la personalidad obsesiva, casi neurótica, de Marcel –y de Swann–. Incluso se habla de que el proceso de escritura entre *Jean Santeuil* y el primer tomo de la saga, *Du côté de chez Swann*, fue paralelo, aunque *Jean Santeuil* fue publicada póstumamente, en 1952.

À la recherche...

La narración de tres mil páginas de la novela río *À la recherche du temps perdu* es desencadenada no por la mítica *madeleine* con té –si recordamos bien–, sino porque el protagonista –en plena madurez– se ha encontrado en un mundo de ensoñaciones e imagerías, trocando la realidad por símbolos, y en el

⁵ Marcel Proust, “A propósito del estilo de Flaubert”, en *Crítica literaria*, trad. Rubén Falbo, pról. Silvia Berlanga, Barcelona, Editorial Astri, pp. 13-25.

⁶ Thierry Laget, “Jornadas de lectura”, en *Marcel Proust*, trad. Mónica Mansour, México, Ambassade de France au Mexique-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2005, p. 18.

cual se sumerge unos instantes tras apagar la lámpara del dormitorio. Después de describir con qué tipo de imágenes y sensaciones se encuentra, el narrador expresa la necesidad que tenemos –en fracciones de segundo– de ubicar en qué situación nos encontramos físicamente, qué postura tenemos, cómo está orientado nuestro cuerpo y qué riesgos podemos correr al tener un movimiento repentino. El Marcel de cuarenta años que escribe se ve inmerso en un viaje a través de sus reminiscencias, su forma de experimentar la verdadera memoria –según él mismo afirma–, una manera que se opone al uso de la memoria limitada, “de índice de referencias”, como le llamaba. Sin embargo, la reflexión acerca de la percepción previa a la vigilia y aún no habiendo salido del sueño ya había sido planteada por Bergson, quien dilucidó, como ya expuse, acerca del sentimiento de espera. Proust había asistido, sin matricularse, a las conferencias de Bergson y había mostrado interés por los fenómenos de percepción. Precisamente sobre la memoria, Bergson señalaría:

Tomemos el más permanente de los estados internos, la percepción visual de un objeto exterior inmóvil. El objeto puede permanecer idéntico, y yo puedo mirarlo desde el mismo lado, bajo el mismo ángulo, con la misma luz: la visión que de él tengo no por ello difiere menos de la que acabo de tener, aunque no fuera más que porque la visión ha envejecido un instante. Ahí está mi memoria, que inserta algo de ese pasado en este presente. Mi estado de alma, al avanzar en la ruta del tiempo, crece continuamente con la duración que recoge; por decirlo así, hace bola de nieve consigo mismo.⁷

Samuel Beckett, por su parte, realzó en su estudio *Proust* la forma en que el autor de *La Recherche* ubica en la *costumbre* un oponente para la observación meticulosa y la *memoria*; uno a uno se enfrentan: “La memoria y la costumbre pertenecen a ese cáncer que es el tiempo.”⁸ Curiosamente, Bergson sugiere que

es la *eficiencia* la que nos impide permanecer sumergidos en el océano de nuestros recuerdos. Los dos conceptos, costumbre y eficiencia, nos aíslan de una reminiscencia de detalles, sonidos y aromas. Si bien es cierto que la *madeleine* con té es considerada como la llave para abrir ese armario memorioso, no es muy distinto el repique de la campana del portón o el olor de la madera recién barnizada en la casa⁹ del barrio de Auteuil. Uno de los momentos más estremecedores sucede cuando el narrador confiesa, en *Le Temps retrouvé* (1927), que ese mundo ya es irrecuperable. Su madre, su padre, sus abuelos y sus tías abuelas, con todo y los miembros de la servidumbre, han quedado en un pasado perdido para siempre. Es conmovedor que aquella región habitada por tantos recuerdos haya sido destruida durante la Primera Guerra Mundial:

Ya tiene muchos años de aquello. El muro de la escalera, por el cual vi subir el reflejo de su bombilla, ha dejado de existir desde hace bastantes años. En mí también muchas cosas han sido destruidas, que yo creía que durarían por siempre, y algunas nuevas han surgido dando nacimiento a penas y a alegrías nuevas, que yo no hubiera podido prever en ese momento, igual que las pasadas se me volvieron difíciles de comprender.¹⁰

En suma, podemos constatar cómo la sensibilidad de aquel muchachito endeble desarrolló en él una capacidad de observación y una memoria realmente prodigiosas. La manera en que impregnó su obra con detalles, descripciones poéticas, oraciones ingeniosas y matices que enriquecen la saga cambió la literatura del siglo XX. Es probable que el tratamiento que le dio a una serie de historias familiares, sensoriales y hasta sentimentales haya pasado a primer término por la profundidad de su mirada. Para cualquier lector avezado es tangible el hecho de que Marcel Proust logró, mediante el lenguaje, una de las obras más sólidas que se haya materializado para aproximarnos a la vida interior que cada quien lleva consigo mismo. ●

⁷ Henri Bergson, *Memoria y vida*, textos escogidos por Gilles Deleuze, trad. Mauro Armijo, Madrid, Alianza, 1977, p. 8.

⁸ Samuel Beckett, *Proust*, trad. y pres. Édith Fournier, París, Les Éditions de Minuit, 1990, p. 28.

⁹ La casa de Auteuil fue demolida en 1890, cuando abrieron la avenida Mozart. Marcel Proust, *Le Temps retrouvé*, pról. Pierre-Louis Rey y Brian G. Rogers, París, Gallimard, 1988.

¹⁰ Marcel Proust, *op. cit.*, p. 36. La traducción es mía.